

EL SESQUICENTENARIO DE LA MUERTE DE FRAY SERVANDO

TERESA DE MIER, PROCER DE AMERICA

ALICIA VARGAS GENE DE FOURNIER

El 3 de diciembre de 1827, falleció, hace ciento cincuenta años en la ciudad de México, Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra. Se le recuerda como a uno de los grandes ideólogos de la Independencia, como a un político y personaje pintoresco, inteligente y decidido, que tuvo una brillante actuación en la época que le tocó vivir.

Queremos unirnos a los homenajes que se le tributaron, principalmente en su patria, y no encontramos nada mejor que reproducir las páginas, que en el prólogo de la publicación de las "Memorias" del doctor Mier, escribió don Alfonso Reyes. Documento aportado por la Lic. Alicia Vargas Gené de Fournier:

El Recuerdo de Fray Servando

por Alfonso Reyes

Más de sesenta años vivió Mier, y la mitad de su vida la pasó perseguido. Para uno de sus biógrafos, en bellas páginas que le dedica, la "inadaptación" del P. Mier comienza con los votos. "Para él —dice otro biógrafo— los votos eran impracticables, las tentaciones muchas" . . .

El Dr. Mora toca en lo vivo cuando dice que las persecuciones no sólo las sufrió con resignación y constancia, sino también con alegría. Algo como una alegría mística le acompaña en sus infortunios,

y aprovecha todas las ocasiones que encuentra para combatir. Es ligero y frágil como un pájaro, y ofrece esa fuerza de Levitación que creen encontrar en el santo los historiadores de los milagros. Usa de la evasión, de la desaparición, con una maestría de fantasma, y algo de magia parece flotar por toda su historia. Más de una vez el lector teme ser víctima de una mixtificación. Y eso acontece con los hombres de naturaleza elocuente: ¡se mueven con tanta agilidad, piensan tan de prisa, hablan y escriben tan fácilmente! Por eso el P. Mier descubría siempre la hora inaplazable de la fuga; por eso se asimila al instante lo que lee y lo que oye; por eso se compromete tan sin reparo; finalmente, por eso es un escritor ameno. ¡Qué inmenso caudal de alegría para conservar el gusto de escribir, tras el aburrimiento de las prisiones y los sobresaltos de la fuga! Pero es ley de nuestra lengua que la cárcel hace los buenos libros.

Y para que se vea lo contradictorio del hombre, recuérdese que W.D. Robinson habla de "su natural timidez": ¡él, que era capaz de revolver una sinagoga! Recuérdese que Bustamante le pinta como hombre fácil de engañar: ¡él, que era tan malicioso á veces! "Soy también sencillo—dice Mier— me ha cabido esta pensión de los grandes ingenios, aunque yo no lo tenga".

Bustamante, historiador ligero, suele ser testigo divertido. "El único crimen que había en Mier —dice— es fugarse, y este lo era personalísimo e

incomunicable á otros." Cuando Iturbide quiere hacerse ungrir: "El Padre Mier, para quitarle de la cabeza tan ridícula pretensión, le dijo que los ingleses habían hecho una caricatura en que pintaron a Pío VII ungiendo a Bonaparte, en actitud de mojar el hisopo en aceite; pero quien servía la ánfora era el diablo, y se leía en el vaso de óleo este letrero: VINAGRE DE LOS CUATRO LADRONES; más nada de esto bastó: él se hizo ungrir.

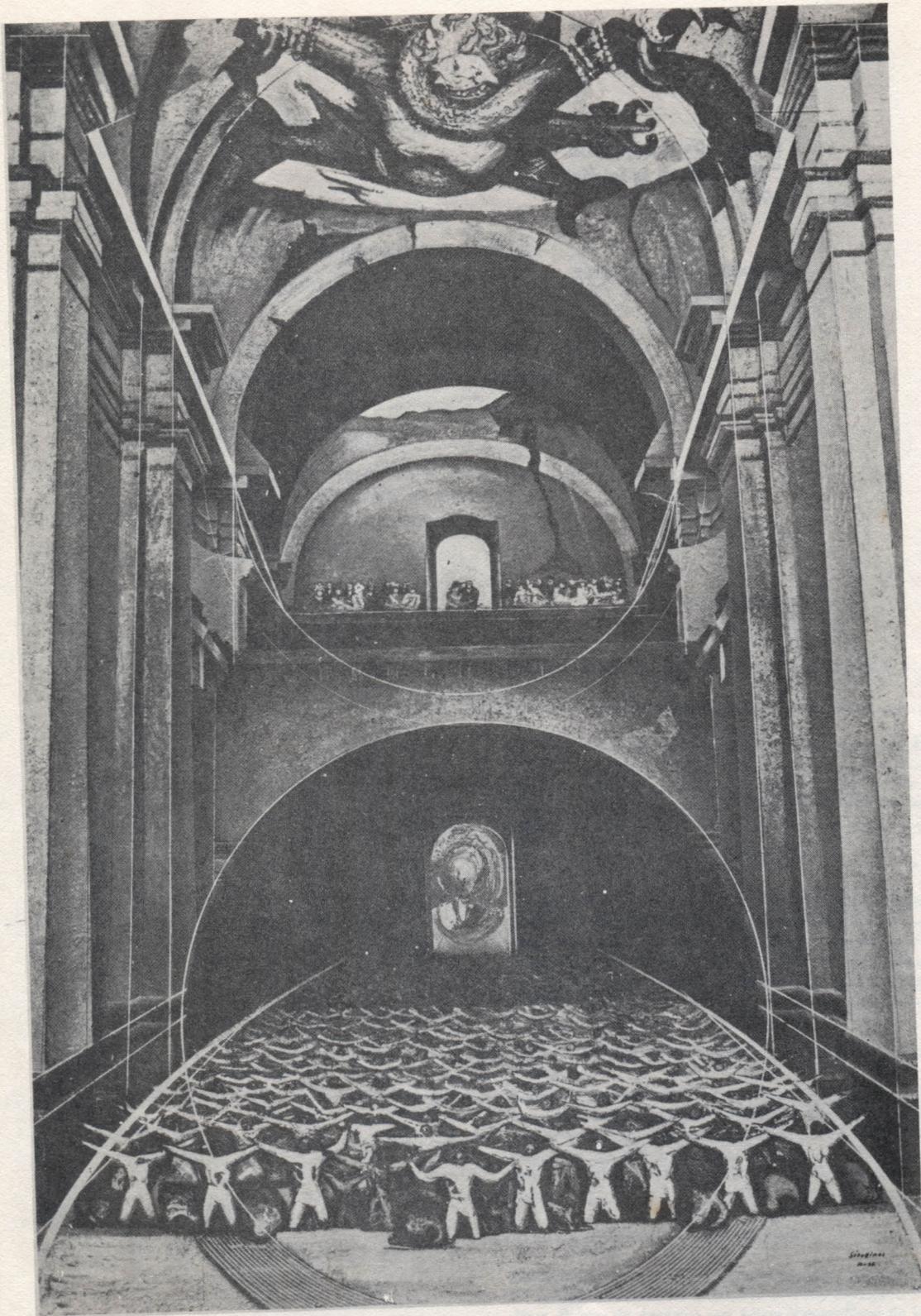
Más tarde (11 de febrero de 1823): "El P. Mier charla en la Inquisición como una cotorra. Cuando se le dijo que de orden de su majestad Imperial estaba comunicable, respondió: Dígale Usted que ya sé todo lo que ha pasado; que se vaya al cuerno, que eso se llama tener miedo". Otra vez el P. Mier se opone á que llamen Regencia á cierta Junta de gobierno, "porque ni había rey, ni permitiera Dios que lo hubiese". El 1° de Abril de 1823 exclama Bustamante con satisfacción:

"Ya tenemos Gobierno." Y continúa: "Yo vi correr dos hilos de los ojos del P. Mier; tal escena me trastornó y me hizo recordar los torrentes que ha derramado este anciano venerable, por la gloria y libertad de un pueblo que tan justamente le adora."

Con esta naturaleza sensible y contradictoria y esa vivacidad excesiva, el P. Mier habría sido un estrafalario, si las persecuciones no lo hubieran engrandecido y la fe en la Patria no lo hubiera orientado.

Fácilmente se le imaginá, ya caduco, enjuto, apergaminado, animándose todavía en las discusiones, con aquella su "voz de plata" de que nos hablan los contemporáneos; rodeado de la gratitud nacional, servido —en Palacio— por la tolerancia y el amor, padrino de la libertad y abuelo del pueblo. Acaso entre sus devaneos seniles se le ocurriría sentirse preso en la residencia presidencial y, llevado por su instinto de pájaro, se asomaría por las ventanas, midiendo la distancia que le separaba del suelo. Acaso amenizaría las fatigas del amable general Victoria con sus locuras teológicas y de tiempo en tiempo, al acordarse de sus pasadas luchas, que eran la imagen de la Patria, temblarían en sus mejillas dos hilos de lágrimas.

En la historia de nuestras letras es tan señalado como en nuestra historia política. Su tierra natal no ha producido hombre más notable. En los buenos tiempos del doctor González, el Estado de Nuevo León conservaba todavía la imprenta de Fray Servando.



ESTATUARIA
Catedral de Chartres

